

SILENCIO

Se despierta sobresaltada. Se ha quedado dormida en el sofá y estaba soñando. Reconoce el ruido del ascensor. Vive en el último piso y suena más fuerte que en el resto de la casa. Un zumbido. El chasquido de parada. No se abre la puerta. Nadie entra todavía. Apoya la cabeza y se vuelve a quedar dormida.

Ha salido mas tarde de lo habitual. Rasca el hielo del parabrisas. La mano sin guante le duele como las otras veces. Sube al coche y lo pone en marcha. Hay poca gente por la calle. Sale del pueblo, enfila la carretera y se relaja.

Tiene ganas de llegar. Las casas van quedando atrás. Según pasan el tiempo y los kilómetros, la quietud aumenta. El tiempo se hace denso, adopta una consistencia densa y estanca como solo ocurre en las montañas antes de una gran nevada. Silencio. Quietud. Aire blanco.

Comienza a nevar. El aguanieve se transforma en copos resbaladizos que forman una fina película en el asfalto. Acelera. Toma la siguiente curva y siente como las ruedas pierden agarre. Se para el tiempo. El blanco es ahora más blanco. El zumbido del motor se amortigua. El coche gira como una peonza. Choca contra un árbol desnudo de la cuneta. Se sale de la carretera. Sigue girando. Una vuelta, otra. Piensa: “Voy a llegar tarde”. Otra vuelta mas. Cien metros más abajo se detiene.

Más silencio, más quietud, más blancura que a ratos se convierte en gris. Zumba el motor. Lo apaga una mano que no parece suya. Se sabe preso en un amasijo de hierro y plástico.

Piensa: “Nadie me ha visto caer. Con este tiempo la carretera está poco transitada. Tendré que salir por mis propios medios”.

Intenta moverse. El brazo derecho no le responde. Se lo toca. No le duele. Sus dedos chocan con algo duro que sobresale de la manga. Lo deja quieto. Está mojado pero por el momento no le duele. Tiene que salir. Lo intenta. Despacio, con calma. Se arrastra, resopla. Algo le duele en algún sitio pero no es el brazo.

Lo consigue. Esta fuera. Está solo. Mira hacia arriba. El talud es enorme, la pendiente pronunciada. No puede quedarse allí. Se congelará. Sigue nevando. Ahora nota la sangre caliente en el brazo, en la cara, en el cuerpo. Nota la nieve helada cayéndole

sobre la cara y la ropa. Le cuesta respirar. Tiene que subir, llegar a la carretera, encontrar a alguien.

Se pone en movimiento. Un pie delante de otro. A menos las piernas funcionan. Se agarra a las matas, intenta trepar. Con un solo brazo es difícil. El derecho cuelga inerte ha empezado a doler. El blanco empieza a convertirse en gris. El está más espeso, más quieto. Piensa: “Si el gris se vuelve negro, no llegaré a tiempo”. No sabe por qué piensa eso pero lo piensa.

Sube unos metros. Resbala. Vuelve a caer. Se levanta. Mira hacia arriba. “Demasiado alto” se dice. Vuelve a intentarlo.

Asciende un poco más. Resbala. Cae hasta el fondo. Se sienta. Se sujeta, como puede, el brazo. “No llegaré” se repite. “Está demasiado alto”. Se marea. Pierde la noción del tiempo. Se le nubla la vista. Intenta no desmayarse. No llega a oír el ladrido y los gritos de los dos hombres que vienen por el otro lado.

Ella se despierta otra vez de forma brusca. Escucha de nuevo el sonido del ascensor. Ruido de maquinaria en funcionamiento. Chasquido. Parada. No se abre la puerta. No suenan las llaves. Nadie nadie. Suena el teléfono. Una voz anónima. Él no llegará esta noche. Sigue en el fondo de un barranco.

Marta Avril (España)